



Stanisław Lem
**RELATOS DEL
PILOTO PIRX**

línea C

INTERZONA

RELATOS DEL PILOTO PIRX



Stanisław Lem

RELATOS DEL PILOTO PIRX



Traducción de: Bárbara Gill Żmichowska

INTERZONA

Lem, Stanisław

Relatos del piloto Pirx / Stanisław Lem. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: interZona Editora, 2021.

456 p. ; 21 x 13 cm. - (Línea C)

Traducción de: Bárbara Gill Żmichowska.

ISBN 978-987-790-047-7

1. Narrativa Polaca. 2. Literatura Polaca. 3. Ciencia Ficción. I. Gill,

Bárbara, trad. II. Título.

CDD 891.853

Opowieści o pilocie Pirxie fue publicado por primera vez en Polonia en 1968

© Tomasz Lem, 2016

© de la traducción, Bárbara Gill Żmichowska, 2021

© interZona editora, 2021

Pasaje Rivarola 115

(1015) Buenos Aires, Argentina

www.interzonaeditora.com

info@interzonaeditora.com

Cuidado de edición: Luciano Páez Souza

Traducción: Bárbara Gill Żmichowska

Asistencia editorial: Fernando Ozón

Composición de interior: Brenda Wainer

Composición de tapa: Luciano Páez Souza

Vectores de tapa: Shutterstock

Corrección: Anna Souza Korolkov

ISBN 978-987-790-047-7

INSTYTUT KSIĄŻKI



Esta publicación ha sido subsidiada por Instytut Książki

© POLAND programa de traducciones.

©POLAND

Libro de edición argentina.

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

EL TEST

—¡Cadete Pírx!

La voz de Prado del Burro lo sacó de la profundidad de sus sueños. Justo se había imaginado que en el bolsillito del reloj de los viejos pantalones civiles, en el fondo del armario había una moneda de dos coronas. De plata, sonora, olvidada. Hacía un momento aún estaba seguro de que allí no había nada, como mucho un viejo recibo del correo, pero de a poco llegó a convenirse de que podía estar, y cuando Prado del Burro pronunció su apellido, ya estaba completamente seguro. Se puede decir que con toda claridad sentía su redondez y veía cómo abultaba en el bolsillito. Podía ir al cine, y todavía le quedaría media corona. Y si fuera a ver solo las noticias, le quedaría una y media, guardaría una corona, y con el resto jugaría en los fichines. Si el autómatas se trabara y comenzara a escupir monedas sin fin, directo a la mano abierta, y él apenas tendría tiempo para guardárselas en los bolsillos, y de nuevo pusiera la mano... ¡eso le había pasado a Beloz! Se encorvaba bajo el peso de la inesperada fortuna, cuando Prado de Burro lo había despertado.

El profesor cruzó los brazos por detrás, un gesto muy suyo, y afirmándose en la pierna sana preguntó:

—¿Qué haría el cadete si su patrulla se topara con una nave de otro planeta?

El cadete Pírx abrió la boca, como si quisiera echar a la respuesta que estaba ahí. Tenía el aspecto del último hombre en la Tierra

que sabía qué debía hacerse si se encontraba con una nave de otro planeta.

–Me acercaría –dijo con voz sorda, extrañamente grave.

Todo el curso quedó helado. Todos presentían algo menos aburrido que la clase en sí.

–Muy bien –dijo con entonación paternal Prado del Burro–. ¿Y qué más?

–Detendría mi nave –estalló el cadete Pirx, sintiendo que ya estaba lejos de la primera línea de sus conocimientos. Febril, buscaba en la oquedad de su cabeza algún parágrafo del Procedimientos en el Espacio. Tenía la impresión de que jamás lo había visto. Bajó con humildad la vista y entonces vio que Smiga le decía algo solo moviendo los labios. Lo entendió y repitió en voz alta, antes de entender el significado de esas palabras:

–Me les presentaría.

Todo el curso, al unísono, lanzó una carcajada. Prado del Burro por un segundo luchó consigo mismo, pero también se rió. Rápidamente recuperó la compostura.

–Mañana el cadete se presentará ante mí con el cuaderno de bitácora. ¡Cadete Boerst!

Pirx se sentó como si la silla fuera de un vidrio aún caliente. Ni siquiera le reprochaba a Smiga –era así, no podía dejar pasar la ocasión. No oyó ni una palabra de lo que decía Boerst –dibujaba unas curvas sobre el pizarrón; Prado del Burro, según su costumbre, bajaba el volumen de la Calculadora electrónica, de modo que el alumno se perdía en los cálculos. El reglamento permitía la ayuda de la Calculadora, pero Prado del Burro tenía su propia teoría acerca del asunto:

“La Calculadora, como el hombre –dijo–, también se puede descomponer”. Pirx no le reprochaba nada a Prado del Burro. No le reprochaba nada a nadie, casi nunca. Después de cinco minutos ya estaba frente a la tienda de la calle Dyerhoff y miraba la vidriera con las pistolas a gas, que podían ser disparadas con patrones ciegos,

de balas o de gas; todo por seis coronas, con cien proyectiles. Por supuesto que estaba en la calle Dyerhoff solo en su imaginación.

Después del timbre el curso abandonó la sala, sin gritos y sin carreritas, como los de primero o segundo; ¡al fin y al cabo no eran niños! Casi la mitad se dirigió al comedor, a esa hora no había nada para comer, pero podían encontrar a la nueva camarera. Se suponía que era linda. Pírx caminaba lento entre vitrinas llenas de globos estelares, y con cada paso perdía la esperanza de encontrar dos coronas en el bolsillito. En el último escalón supo que allí nunca hubo una moneda.

Junto al portón estaban Boerst, Smiga y Payartz, con el cual había estado sentado en la misma mesa durante el semestre de cosmodesía. A Pírx le había enchastrado con tinta china todas las estrellas del atlas.

–Mañana tenés un vuelo de prueba –le dijo Boerst cuando se cruzaba con ellos.

–Bien –contestó con flema. No se dejaba engañar con tanta facilidad.

–Si no lo creés, ¡leelo! –Boerst golpeó con el dedo el vidrio de la pizarra de anuncios.

Quiso seguir caminando, pero la cabeza pareció girar sola. En la lista había solo tres nombres. “Cadete Pírx” estaba patente, arriba de todo.

Por un momento no vio nada.

Después oyó desde lejos su propia voz que decía:

–¿Y de ahí? Ya lo dije: bien.

Se alejó de ellos, caminando entre las plantas del bulevarcito. Este año había muchísimos nomeolvides, plantados con ingenio, representando el aterrizaje de una nave. Las marimoñas fungían de fuego en los escapes, pero ya habían dejado de florecer. No veía los canteros, el sendero, los nomeolvides, ni a Prado del Burro, que a paso rápido había salido de un ala del Instituto. Casi tropezó con él en el portón. Hizo el saludo justo debajo de la nariz.

—¡Ah, Pirx! —dijo Prado del Burro—. ¿Usted vuela mañana? ¡Buen despegue! Quizá tenga la suerte de encontrárselos, a esos de otros planetas.

El internado estaba en el parque, del lado contrario, detrás de unos enormes sauces llorones. Estaba parado junto al estanque, el ala lateral estaba casi sobre el agua, afirmándose sobre unas columnas de piedra. Alguien había inventado que esas columnas habían sido traídas de la Luna —un cuento absurdo—, pero el primer curso grababa sobre ellas sus iniciales y fechas con santa emoción. El apellido de Pirx también debía estar allí, lo había tallado laboriosamente hacía cuatro años.

En su habitación —tenía una pequeña, no la compartía con nadie— vaciló por un buen rato si abrir el armario. Recordaba con precisión dónde estaba el pantalón viejo. Estaba prohibido tenerlo, por eso él lo tenía. Fuera de eso, no tenía ninguna utilidad. Cerró los ojos, se acuclilló junto al armario, entreabrió la puerta y metió el brazo —y palpó el bolsillito. Naturalmente, lo sabía de antemano. Estaba vacío.

2

Estaba de pie, con el mameluco inflable, sobre la tabla de acero de la plataforma, en la cima del hangar, apoyándose con el codo sobre la soga extendida como un pasamanos, porque tenía las manos ocupadas. En una sostenía el cuaderno de bitácora, en la otra, el machete. Era un apunte que le había prestado Beloz, se decía que todo el curso volaba con eso. Por cierto, no quedaba claro cómo volvía, porque después del vuelo de prueba se abandonaba el Instituto y se iba al Norte, a la Base, donde se comenzaba a estudiar bien a fondo, para los exámenes finales. Por lo visto, y de algún modo, volvía, ¿quizá lo arrojaban con un paracaídas? Por supuesto, era solo un chiste.

Estaba parado sobre la tabla rebotante colgada sobre un abismo de cuarenta metros y se acortaba el tiempo imaginando si lo palparían; eso –por desgracia– solía suceder. Los cadetes se llevaban a los vuelos de prueba las cosas más extrañas y más requeteprohibidas: comenzando por cantimploras con vodka y terminando por tabaco para mascar y fotos de muchachas. Para no hablar, por supuesto, de machetes. Pirx pasó un largo rato buscando dónde esconderlo. Lo había guardado unas quince veces, desde el zapato, entre las dos medias, al bolsillo interior del mameluco, al pequeño atlas estelar –el atlas estaba permitido–, tampoco estaría mal la funda de los anteojos, pero en primer lugar, debería ser una funda enorme, y en segundo, no usaba anteojos. Un poco después recordó que si los usara no lo habrían admitido en el Instituto.

Así pues, estaba parado sobre la tabla y esperaba a los dos instructores y al Jefe; los tres se retrasaban, vaya uno a saber por qué, aunque el despegue estaba previsto para las diecinueve cuarenta, y ya eran las diecinueve veintisiete. Pensó que si tuviera un pedazo de tela adhesiva habría podido pegarse el machete en la axila. Se decía que eso había hecho el pequeño Yerkes, y que cuando el instructor lo tocó, comenzó a chillar que tenía cosquillas, y le salió bien. Pero Pirx no parecía un cosquilloso. Lo sabía y no se hacía ilusiones. Por lo tanto, sostenía el machete con la mano derecha y recién cuando se le ocurrió que tendría que saludar con ella a los tres lo pasó a la izquierda, y el cuaderno de bitácora a la derecha. Manipulando así, provocó el balanceo de la inestable plataformita, que se hamacó como un trampolín. De pronto oyó pasos del otro lado. No los vio enseguida porque a la altura en la cual se hallaba estaba oscuro.

Como siempre, todos estaban de uniforme, muy emperifollados, sobre todo el Jefe. En tanto que él, el cadete Pirx, vestía un mameluco, todavía no inflado, parecía como veinte trajes doblados, como los que usan los arqueros de rugby, además, de ambos lados del alto cuello colgaban los largos terminales del intercom y del

radiófono exterior, junto al cuello se bamboleaba el flexible del aparato de oxígeno, con una tapa roscada en el extremo, sobre la espalda sentía la presión de la botella de reserva, sentía un calor del carajo con la doble ropa interior antisudor, y lo que más le molestaba era el aparato que durante el vuelo permite no andar saliendo para aliviarse de las necesidades fisiológicas (por otra parte, en una nave de nivel uno, con la cual se realizaban los vuelos de prueba, no habría mucho donde encontrar un lugar apartado).

De pronto toda la plataforma comenzó a saltar. Alguien caminaba atrás: era Boerst, con un mameluco igual, hizo un saludo vigoroso con el gran guante y se paró de un modo como si tuviera la mejor gana de tirar abajo a Pirx.

Cuando los otros fueron por adelante, Pirx preguntó sorprendido:

–¿Vos también vas a volar? No estabas en la lista.

–Brendan se enfermó. Voy en su lugar –replicó Boerst. Por un momento Pirx se sintió estúpido. Debía ser la única, realmente la única cosa gracias a la cual habría podido elevarse aunque fuera un milímetro más hacia las regiones estelares, en las cuales vivía Boerst, como si no le importara demasiado. No solo era el más talentoso del curso, cosa que a Pirx no le costaba demasiado perdonarle, y hasta sentía cierto respeto por los talentos matemáticos de Boerst, desde que había sido testigo de cómo se enfrentaba con valentía a la Calculadora electrónica, y había perdido el ritmo cuando llegó a las raíces de cuarto grado; y no solo tenía padres ricos, y por eso no tenía que entregarse a sueños de dos coronas perdidas en algún pantalón viejo, sino que tenía excelentes resultados en atletismo, saltaba como los mil demonios, bailaba maravillosamente, y, había que admitirlo, era muy buenmozo, cosa que no podía decirse de Pirx.

Caminaron por la larga plataforma, entre la cuadrícula de los apoyos del cierlorraso, pasando al lado de sucesivas naves, hasta que los bañó la claridad, porque esa parte del techo ya había sido corrida doscientos metros. Sobre enormes embudos de hormigón,

que absorbían y dirigían el fuego del despegue, había dos colosos cónicos –por lo menos a los ojos de Pirx eran colosales–; cada uno tenía cuarenta y ocho metros de altura y once metros de diámetro inferior, en el *booster*.

Los registros, ya destornillados, estaban cruzados por unos puentecitos, pero estos pasajes cercaban unos lastres de plomo, colocados en el medio, cada uno con una banderita roja sobre un escudito flexible. Pirx sabía que él apartaría la banderita al ser preguntado si estaba dispuesto a ejecutar la tarea, y contestaría que sí; y que lo haría por primera vez en la vida. Y de pronto lo invadió el presentimiento de que cuando estuviera desplazando el escudito tropezaría con la cuerquita y seguramente caería cuan largo era –esas cosas solían suceder. Y si a alguien le pasaban esas cosas, entonces a él d e b í a acaecerle algo así; a veces pensaba que no tenía suerte. Los profesores lo definían de otro modo: que era distraído, torpe y estaba siempre pensando en toda clase de cosas, excepto en las que justo había que pensar. Era cierto, a Pirx le resultaban más fáciles muchas cosas, pero no las palabras. Entre su acción y su pensamiento revestido de palabras se abría quizá no tanto como un abismo... en cualquier caso, allí había algún obstáculo que le dificultaba la vida. Los profesores no sabían que Pirx era un soñador. Eso no lo sabía nadie. Suponían que en realidad no pensaba en nada. Pero no era verdad.

Miró por el rabillo del ojo y vio que Boerst ya se había acomodado como correspondía, a un paso de la entrada al puentecito que cruzaba el registro, y esperaba con los brazos apretados contra los aros de goma del mameluco, aún no inflados.

Pensó que a Boerst le quedaba bien incluso ese traje estrafalario, como recortado de cien pelotas de fútbol juntas, y que el mameluco de Boerst no estaba inflado de verdad, mientras que el suyo en ciertos lugares todavía tenía bastante aire, y por eso le costaba tanto caminar y debía separar mucho las piernas. Las juntó como pudo, pero los tacos se negaban a acercarse. ¿Por qué los de Boerst

sí querían? No quedaba claro. De no haber sido por Boerst, se habría olvidado por completo de que había que adoptar una buena postura, de espaldas a la nave, y de frente a las tres personas de uniforme. Primero se acercaron a Boerst, supongamos que por su apellido, que comenzaba con B, pero tampoco era una pura casualidad, sino más bien era perjudicial para Pirx, dado que siempre tenía que esperar mucho las preguntas y se ponía nervioso, porque prefería que las cosas malas le sucedieran rápido y de una vez.

Escuchaba poco y nada de lo que decía Boerst, y Boerst estimado como una cuerda de violín contestaba rápido, tan rápido que Pirx no entendía nada. Después se acercaron a él, y cuando el Jefe comenzó a hablar, Pirx de repente recordó que iban a volar tres cadetes, y no dos, ¿dónde se había metido el tercero? Por suerte escuchó las palabras del Jefe y a último momento logró articular:

–Cadete Pirx listo para el vuelo.

–Mhm... sí –dijo el Jefe–. ¿Y el cadete Pirx afirma que está sano en cuerpo y mente –ejem– en la medida de sus posibilidades?

Al Jefe le gustaba adornar las preguntas estereotipadas, y podía permitírsele, era el Jefe.

Pirx dijo que estaba sano.

–Para el período de duración del vuelo, lo nombro piloto, cadete.

–El Jefe recitó la fórmula sacramental y agregó:

–Tarea; despegue vertical con el *booster* a media potencia. Ingreso a la elipse B 68. En la elipse corrección a la órbita definitiva con un período de rotación de 4 horas 26 minutos. Espera en órbita a dos naves de comunicación directa del tipo JO 2. Probable zona de contacto por radar, sector III, satélite PAL con posible aberración máxima de seis segundos de curva. Establecer contacto en fonía a fin de acordar la maniobra. Maniobra: bajar de la órbita definitiva con un curso de 60 grados 24 minutos de latitud norte, 115 grados 3 minutos 11 segundos de longitud este. Aceleración inicial 2,2 g, aceleración final después de 83 minutos, 0. No apartarse del alcance de la fonía, pilotar ambos JO 2 en formación triangular

hacia la Luna, entrar a su zona ecuatorial sobre una órbita temporal según las indicaciones Luna PELENG, asegurarse de que las dos naves pilotadas se encuentran en órbita y saliendo de ella mediante aceleración y un curso decidido en el momento, volver a la órbita permanente en la zona del satélite PAL. Allí esperar más órdenes.

En el curso se decía que dentro de poco aparecerían –reemplazando los machetes actuales– machetes electrónicos, o sea unos microcerebros del tamaño de un carozo de guinda, que podrían llevarse en el oído o debajo de la lengua, y que “soplarían” siempre y en todo lugar lo que se necesitara. Pero Pirx no lo creía; consideraba, con bastante razón, que cuando aparecieran ya no harían falta los cadetes. De momento tenía que repetir todo el tenor de la tarea –y lo hizo, pensándolo una sola vez, pero a fondo, los minutos y segundos del tiempo con los segundos y minutos de latitud y longitud. Tras lo cual, bañado en sudor dentro de su ropa anti-sudoral, bajo la gruesa funda del mameluco, esperó el posterior desarrollo de los acontecimientos. Había que repetir la tarea, la repitió, pero el contenido todavía no había comenzado a llegar a su conciencia. El único pensamiento que le daba vueltas sin cesar era: “¡¡Qué paliza me dieron!!”.

Apretaba el machete en el puño izquierdo, tendiéndoles con la derecha el cuaderno de bitácora. El recitado de la tarea era una simple chicana, se las daban por escrito después de aprobar el primer curso. El Jefe puso el sobre con la encomienda en el bolsillito, debajo de la tapa del cuaderno, se lo devolvió y preguntó:

–¿El piloto Pirx está listo para el despegue?

–¡Listo! –contestó el piloto Pirx. En ese momento tenía un solo deseo: encontrarse en la sala de navegación. Soñaba con abrirse el mameluco, por lo menos a la altura del cuello.

El Jefe retrocedió un paso.

–¡Al cohete! –gritó con una magnífica voz de acero, que cual campanada cortó el incesante, sordo, estrépito del enorme hangar.

Pirx dio media vuelta, atrapó la banderita roja, tropezó con

su cueredita, a último momento recuperó el equilibrio y entró marchando cual Golem a la angosta pasarela. Cuando estuvo a la mitad, Boerst (visto desde atrás igual parecía una pelota de fútbol) ya entraba a su nave.

Deslizó al interior las piernas, se sujetó del anillo perimetral del registro, bajó sobre una canaletita elástica, sin poner los pies sobre los peldañitos (Prado del Burro solía decir que los peldañitos eran solo para pilotos agonizantes), y se puso a cerrar la escotilla. Eso lo ensayaban, cientos y miles de veces, sobre “fantasmas” y sobre una escotilla real, solo que sacada de una nave y fijada en el centro de la sala de ejercicios. Llegaban a sentir náuseas: manivela izquierda, manivela derecha, hasta la mitad del recorrido, control de hermeticidad, segunda mitad del recorrido de ambas manivelas, apretar, control de hermeticidad bajo presión, cerrar el registro interior con una tapa de protección, cubrir con una protección antimeteoros, salir del pozo de registro, cerrar la puerta de la cabina, apretar manivela, la segunda manivela, traba, fin.

Pirx pensó que Boerst seguramente ya estaba sentado dentro de su esfera de vidrio, cuando él apenas estaba cerrando la rueda hermética, y se le ocurrió que de todos modos no despegarían juntos, se despegaba en lapsos de seis minutos y no había por qué apresurarse. Pero siempre era mejor estar sentado en el lugar y conectar el radiófono, por lo menos podría escuchar las órdenes que le impartían a Boerst. Curioso, ¿qué tarea le habría tocado?

Las luces interiores se encendieron automáticamente cuando apenas entrecerró la escotilla exterior. Después de trabar todo el aparataje, pasó al lugar del piloto pisando los escalones, forrados con un plástico áspero y blando a la vez, de la pequeña rampa.

Vaya uno a saber por qué en esas pequeñas naves unipersonales el piloto se sentaba dentro de un gran bol de vidrio con un diámetro de tres metros. Esa bola, aunque toda transparente, por supuesto no era de vidrio, además era flexible, reunía la elasticidad de una goma gruesa y muy dura. Esa burbuja, con un sillón de

piloto extensible en el medio, estaba incrustada en el interior de la verdadera sala de navegación, un habitáculo ligeramente cónico, de modo que el piloto, sentado en su “sillón de dentista” –así lo llamaban– y pudiendo girar sobre un eje vertical, podía ver a través de las paredes vidriadas de la burbuja en la cual estaba encerrado todas las esferas de los relojes, indicadores, pantallas delanteras, posteriores, laterales, las pantallas de ambas Calculadoras y del astrógrafo y –lo más santo de lo santo– el trayectómetro, el cual con un trazo grueso, muy brillante, dibujaba sobre un convexo tablero mate el camino del cohete respecto del fondo de estrellas inmóviles en la proyección de Harelsberger. Había que conocer de memoria los elementos de esa proyección y saber leerlos en cualquier posición, aun colgando de los pies. Cuando el piloto terminaba de acomodarse en el sillón, a ambos costados tenía los cuatro mandos principales del reactor y los surtidores correctores del timón, tres de emergencia, las seis palancas del pilotaje de proximidad, el volante de puesta en marcha y punto muerto y el regulador de potencia, la fuerza de propulsión del cohete, el chorro de aire para limpiar los surtidores, y sobre el piso mismo, el gran volante a resortes del aparato acondicionador de aire, oxigenación, la llave de la instalación matafuegos, el lanzador del reactor (en caso de que comenzara una reacción en cadena no controlada), una cuerditita con nudo, sujeta a la parte superior del armario con termos y alimentos, en tanto que bajo los pies estaban los pedales de los frenos, con una cubierta blanda y provistos de estribos, y el seguro de eyección, que al ser apretado (primero había que romper con el pie su sombrerete y empujarlo hacia adelante) eyectaba la burbuja entera junto con el sillón y el piloto, además de las cuerdas del paracaídas de anillos.

Además de ese objetivo principal –salvar al piloto en caso de no poder reparar la avería– la burbuja vidriada también tenía algo así como ocho motivos muy importantes por los cuales había sido construida, y en ciertas circunstancias favorables Pírx hasta sería

capaz de enumerarlos, pero ninguno lo había convencido, ni a él ni a los demás cursantes.

Habiéndose acomodado como correspondía, doblando la cintura con gran esfuerzo para que todas las mangueritas, cables y conductores que sobresalían de él se ajustaran a los terminales que erizaban el sillón (y cada vez que se inclinaba, el mameluco le empujaba blandamente el estómago), por supuesto confundió el cablecito de la fonía con el calentador, por suerte tenían distintas roscas, pero se dio cuenta de su error recién cuando comenzó a sudar como en un baño turco, y por el susurro del aire comprimido, que de inmediato había llenado el mameluco; con un suspiro apoyó la espalda, calzando con las manos ambos cinturones de seguridad.

El derecho se enganchó enseguida, pero el izquierdo parecía no quererlo. El cuello inflado como un neumático no le permitía mirar hacia atrás, por lo tanto solo hacía fuerza palpando a ciegas con la traba del cinturón; al mismo tiempo en los auriculares le llegaron voces ahogadas:

–¡...Piloto Boerst en AMU 18! Despegue según fonía en tiempo cero. Atención, ¿preparado?

–¡Piloto Boerst en AMU 18 listo para despegar según fonía en tiempo c e r o! –La respuesta sonó como un disparo.

Pirx maldijo, la traba entró. Cayó en el blando sillón tan cansado como si acabara de volver de un vuelo estelar muy largo.

–Veintitrés para despegar. Veintidós para despegar. Vein... –Un balbuceo en los auriculares.

Parece que cierta vez, al escuchar el tonante c e r o, despegaron dos cursantes al mismo tiempo, el que debía hacerlo y el que esperaba su turno, y se elevaron separados por doscientos metros como velas verticales, pudiendo chocar en cualquier fracción de segundo –al menos eso contaban en el curso. Desde esa vez –se suponía– el cable de ignición era conectado a último momento, en forma remota, lo hacía el mismo comandante del aeropuerto desde su

cápsula de navegación vidriada, y toda esa cuenta era un puro bluf. Sin embargo, nadie sabía cómo era en realidad.

–¡¡C e r o!! –se oyó en los auriculares. Al mismo tiempo Pirx escuchó un fragor ahogado, prolongado, su sillón tembló apenas, el reflejo de las chispitas de las luces se movieron con delicadeza en la cubierta de vidrio, bajo la cual yacía extendido, dirigido hacia el techo, el astrógrafo; o sea, el indicador de la circulación del aire acondicionado, el empuje de los surtidores principales, de los auxiliares, el espesor de la corriente de neutrones, el indicador de la polución de isótopos y dieciocho más, la mitad de los cuales se ocupaba solo del bienestar del *booster*; el temblor se suavizó, la pared del sordo estruendo pasó a un costado y parecía ir disolviéndose arriba, como si una cortina invisible se hubiera elevado hacia el cielo, el trueno era cada vez más lejano y cada vez más, como siempre, parecido al sonido de una tormenta lejana, hasta que se hizo silencio.

Algo siseó y zumbó –ni siquiera llegó a asustarse. Era el seguro autónomo, había conectado las pantallas hasta entonces bloqueadas, se cerraban desde afuera cuando cerca despegaba alguna otra nave, para que la llamarada engeguecedora de la reacción no dañara los objetivos.

Pirx pensó que esas instalaciones automáticas eran muy útiles, y así estuvo, reflexionando sobre esto y aquello, hasta que de repente sintió que se le erizaban todos los pelos de la cabeza, debajo del abultado casco.

–¡¡¡Dios Santo, estoy volando, yo, yo estoy volando ahora!!! –se le pasó por la mente.

A la velocidad del rayo comenzó a preparar las palancas para el despegue; o sea, ir tocándolas con los dedos en el orden debido, contando: uno - dos - la tercera - ¿y dónde está la cuarta? - después esta - sí, es este indicador - y el pedal - no, el pedal - ajá, está - la roja - el mango verde - después el automático - sí - ¿o era la verde antes de la roja?!

–¡Piloto Pírx en AMU 27! –Una fuerte voz golpeando directo a su oído lo sacó de las profundidades del dilema–. ¡Despegue según fonía en tiempo c e r o! Atención, ¿piloto preparado?

–¡¡¡Todavía no!!! –Algo quiso gritar por la boca del piloto Pírx, pero dijo:

–¡Piloto Boe... piloto Pírx en AMU 27 preparado... esteeee... para el despegue según fonía en tiempo c e r o!

Había querido decir “piloto Boerst”, porque recordaba cómo lo había dicho Boerst. “¡Idiota!”, rugió contra sí mismo en el silencio. El autómatas (¿todos los autómatas deben tener la voz de un suboficial?) ladraba:

–Dieciséis para el despegue - quince - catorce... El piloto Pírx sudaba. Por todos los medios trataba de recordar algo terriblemente importante, algo que sabía que era un asunto de vida o muerte, pero no había modo, no podía.

–... seis, cinco para el despegue, cuatro...

Cerró los dedos sudorosos sobre la palanca de despegue. Por suerte era áspera. ¿Todos sudarían tanto? Por lo visto –le pasó por la mente cuando el altavoz gruñó:

–¡¡¡C e r o!!!

Su mano sola –absolutamente sola– tiró de la palanca, la empujó hasta la mitad y así la dejó. Algo rugió. Como si una prensa elástica le hubiera caído sobre el pecho y la cabeza. El *booster*, alcanzó a pensar, y vio todo negro. Solo un poco y solo por un instante. Cuando ya pudo ver bien, aunque seguía sintiendo el mismo peso inflexible derramado por todo el cuerpo, todas las pantallas –por lo menos las tres que tenía enfrente– parecían leche derramándose de millones de ollas.

“Ajá, atravieso las nubes”, pensó. Ahora pensaba más lento, algo torpe, pero con absoluta calma. Después de un buen rato se puso como si solo fuera el testigo de toda la escena, algo divertida, un tipo repantigado en un “sillón de dentista”, sin mover un dedo, las nubes habían desaparecido, el cielo todavía está un poco celeste,

como el azul para la ropa, se ve algo como estrellas –¿son o no son estrellas?

Sí, eran estrellas. Los indicadores se movían sobre el techo, las paredes, cada cual distinto, cada cual mostraba algo, había que ver todo, y él tenía solo dos ojos. No obstante, su mano izquierda, al corto silbido que se repetía en los auriculares –de nuevo sola– tiró del eyector del *booster*. De inmediato se sintió más liviano –velocidad 7,1 por segundo, altitud 201 kilómetros, la curva del despegue está acabando, aceleración 1,9, puede sentarse, ¡y ahora sí empieza el trabajo!

Iba sentándose con lentitud, oprimiendo el posabrazos, con lo cual el respaldo del sillón iba levantándose, y de pronto se heló.

¿Dónde estaba el machete?!

Era algo terriblemente importante, y no podía recordarlo. Miró el piso, como si en el mundo no hubiera un enjambre de indicadores que parpadeaban por todos lados. El machete estaba justo debajo del sillón; se inclinó, los cinturones por supuesto no se aflojaron, ya no había tiempo, y con la sensación de estar parado en la cima de una torre muy alta, y que se desplomaba con ella al vacío, abrió el cuaderno de bitácora, que tenía en el bolsillo sobre la rodilla, sacó la tarea del sobre –no entendía nada: ¿dónde carajo estaba la órbita B 68? ¡Ah, debe ser esta!–. Controló el trayectómetro y de a poco comenzó a doblar. Se sorprendió, parece que estaba bien.

Sobre la elipse, la Calculadora le dio amablemente los datos para la corrección, volvió a maniobrar, salió de la órbita, por eso frenó, con demasiado ímpetu. Durante diez segundos tuvo menos 3 g, pero no le pasó nada, físicamente era muy resistente ("si tuvieras igual cerebro que bíceps –le decía Prado del Burro– entonces a lo mejor llegarías a algo"), al corregir entró a la órbita estable, le transmitió los datos por fonía a la Calculadora, la Calculadora no le contestó, sobre su esfera saltaban ondas inalteradas, le vociferó una vez más los datos –por supuesto se había olvidado de pasar la conexión–, lo arregló, de inmediato sobre la esfera saltó una destellante línea vertical, y todas las aberturas, como puestas de acuerdo,

mostraron números uno. –¡Estoy en órbita! –se alegró. Sí, el tiempo de circunvalación era de 4 horas 29 minutos, pero tenían que ser 4 y 26. Ahora sí que no sabía si la aberración era admisible o no. Rebuscaba en la cabeza, comenzó a reflexionar si no destrabar los cinturones, el machete estaba justo debajo del sillón, pero quién carajo sabe si eso está en el machete: de pronto recordó lo que decía el profesor Kaahl: “Las órbitas están calculadas con un error de 0,3 por ciento” –por las dudas volvió a pasarle los datos a la Calculadora; estaba al límite del error admisible. “Bueno, entonces estaría bien”, se dijo, y recién ahí miró a su alrededor con atención.

La gravedad había desaparecido, pero estaba atado al sillón, lo único diferente era que se sentía muy liviano. La pantalla delantera –las estrellas, y un bordecito entre blancuzco y pardo en el borde inferior mismo, la pantalla lateral– nada, solo negrura y estrellas. La pantalla inferior –¡ajá!–. Observó con atención la Tierra –volaba sobre ella a una altura de entre 700 y 2400 km, dentro de los límites de su órbita– era enorme, llenaba toda la pantalla, estaba justo sobre Groenlandia –¿sería Groenlandia?–, antes de dilucidar qué era, ya estaba sobre el norte de Canadá. Alrededor del Polo ardían las nieves –el océano era violeta oscuro, como un cuenco, liso, como de hierro fundido, extrañamente pocas nubes, como si alguien hubiera salpicado la convexidad con papilla–, echó una mirada al reloj.

Estaba volando desde hacía diecisiete minutos.

Ahora correspondía atrapar las señales de radio del PAL y prestar atención al pasaje de su zona sobre el radar. ¿Cómo se llamaban esas dos naves? ¿RO? No, JO, ¿y los números? Echó una mirada a la tarea, metió en el bolsillo la página y el cuaderno de bitácora y movió el regulador del control que tenía sobre el pecho. Se escuchaban montones de chillidos y chasquidos, ¿qué señal tenía el PAL? Morse –ajá–, aguzaba el oído, miraba las pantallas, debajo de él la Tierra giraba lentamente, las estrellas se deslizaban rápidas en las pantallas, pero el PAL seguía sin aparecer.

De pronto escuchó un zumbido.

¿El PAL?, pensó, y de inmediato desechó la idea. –Una pavada, los satélites no zumban –¿qué estaba zumbando?

–Nada está zumbando –se contestó a sí mismo–. Entonces, ¿qué es? ¿Una avería?

Raro, no se asustó para nada. ¿Qué avería, si estaba volando con el motor desconectado? La lata se está reventando sola, ¿o qué? ¿Un cortocircuito? ¡Ah, un cortocircuito! ¡Dios Santo! Instrucción anti-incendios III: “Incendio en el Espacio en Órbita” –parágrafo– ¡al carajo! –zumbaba y zumbaba, apenas oía el piar de señales lejanas.

Igualito que una mosca en un vaso, pensó atontado, echando vistazos desesperados de reloj en reloj, y entonces la vio.

Era una mosca-coloso, verdinegra, de una especie repugnante, que había sido creada como para joderles la vida a los humanos, descarada, insistente, cretina, y al mismo tiempo una mosca astuta y veloz, que por algún milagro (¿de qué otro modo?) se había metido al cohete y volaba alrededor de la burbuja vidriada, una bolita zumbante golpeando las luminosas esferas de los relojes.

Cuando se acercaba a la Calculadora la escuchaba en los auriculares como a un avión cuatrimotor, la Calculadora tenía un micrófono de reserva sobre el marco superior, para poder ser usado sin el laringófono, fuera del sillón, cuando los cablecitos de la fonía de a bordo estaban desconectados. ¿Para qué? Por las dudas. Había más instalaciones como esa.

Maldecía ese micrófono. Temía no oír el PAL. Lo que es peor, la mosca comenzó a incursionar por diversos lugares. Sin quererlo, la siguió con la mirada durante unos cuantos minutos, antes de reprenderse severamente, qué carajo le importaba la mosca.

Lástima que no se le pueda inyectar DDT, o algo así. ¡¡Basta!!

Oyó un zumbido tal que le provocó una mueca. Caminaba por la Calculadora.

Hubo silencio –se acicalaba las alitas. ¡Qué mosca tan asquerosa!

En los auriculares surgió un chillido lejano, rítmico –tres puntos, raya, dos puntos, dos rayas, tres puntos, raya– PAL.

–¡Bueno, ahora hay que clavar los ojos! –se dijo, levantó un poco el sillón, así podía ver tres pantallas al mismo tiempo, revisó una vez más cómo se regulaba el rayo fosforescente del radar, y esperó. En el radar no había nada. Pero alguien decía:

–A siete Terraluna, a siete Terraluna, sector III, curso ciento trece, aquí PAL PELENG. Por favor, datos. Cambio.

–¡Qué desgracia, cómo voy a escuchar a mi JO! –Se inquietó Pirx.

La mosca aulló en los auriculares y desapareció. Al ratito una sombra lo cubrió desde arriba, como si un murciélago se hubiera sentado sobre una lámpara. Era la mosca. Deambulaba sobre la burbuja de vidrio, como si investigara qué había ahí adentro. Mientras tanto, el éter estaba poniéndose espeso –el PAL, al que ya veía (de verdad parecía un PALO, era un cilindro de aluminio, de dieciocho metros, rematado por un observatorio esférico), volaba sobre él, quizá a una distancia de catorce kilómetros, quizá un poco más, y de a poco iba dejándolo atrás.

–PAL PELENG a A siete Terraluna, ciento ochenta coma catorce, ciento seis coma seis. Aberración lineal creciente. Fuera.

–Albatros cuatro Aresteterra, aquí PAL Principal, PAL Principal, descendiendo para abastecer el sector II, descendiendo para abastecer el sector II, ando a reserva. Cambio.

–A siete Terraluna, aquí PAL PELENG...

No escuchó el resto, se lo tragó el zumbido de la mosca. Hizo silencio.

–Principal a Albatros cuatro Aresteterra, abastecimiento cuadrante siete, Omega Principal, abastecimiento trasladado Omega Principal. Fuera.

“Ellos se juntaron acá a propósito, para que yo no oyera nada”, pensó Pirx.

La ropa interior antisudoral flotaba sobre él. La mosca, zumbando, describía furiosos círculos sobre la esfera de la Calculadora, como si a cualquier precio quisiera alcanzar su propia sombra.

–Albatros cuatro Aresterra, Albatros cuatro Aresterra a PAL Principal, salgo al cuadrante siete, salgo al cuadrante siete, pido pilotaje por el intercom. Fuera.

Se escuchaba el chillido del intercom, alejándose, hasta ahogarse en un zumbido creciente. Surgieron unas palabras:

–JO dos Terraluna, JO dos Terraluna, aquí AMU 27, AMU 27. Cambio.

“Qué curioso, ¿a quién está llamando?”, pensó Pirx y hasta pegó un salto dentro de sus cinturones.

–AMU –quiso decir, pero la garganta enronquecida no dejó pasar ningún sonido. En los auriculares zumbaba. La mosca. Cerró los ojos.

–AMU 27 a JO dos Terraluna, estoy en cuadrante cuatro, sector PAL, conecto las de posición. Cambio.

Conectó sus luces de posición –dos rojas a los costados, dos verdes sobre la proa, una celeste atrás–, y esperó. No se oía nada, además de la mosca.

–JO dos bis Terraluna, JO dos bis Terraluna, llamando... –Zumbido.

–¿Será a mí? –Pensó con desesperación.

–AMU 27 a JO dos bis Terraluna, estoy en cuadrante cuatro, PAL sector lateral, tengo todas las de posición. Cambio.

Ahora los dos JO respondieron al mismo tiempo, conectó el selector de orden, para callar al que había respondido en segundo término, pero seguía zumbando, naturalmente, la mosca.

Yo me suicido, pensó. No se le ocurrió que ante la ausencia de gravedad hasta esa salida era imposible.

De pronto vio en el radar sus dos naves, iban detrás de él con cursos paralelos, distantes entre sí a no más de nueve kilómetros, o sea, en áreas mutuamente prohibidas; su obligación, como piloto, era ordenarles que se separaran a una distancia admisible: 14 kilómetros. Verificaba en el radar la ubicación de los puntitos que mostraban a las naves, cuando la mosca se sentó sobre uno de ellos.

Le arrojó el cuaderno de bitácora, no llegó, golpeó el vidrio de la burbuja y en vez de deslizarse sobre él, volvió a volar hacia arriba, golpeó el techo vidriado y siguió volando para todos lados –la falta de gravedad. La mosca no se dignó siquiera a alejarse volando, lo hizo caminando.

–AMU 27 Terraluna a JO dos, JO dos bis. Tienen un acercamiento a babor. Pasar a curso paralelo con rectificación cero coma cero uno. Después de realizar la maniobra pasar a cambio. Fuera.

Ambos puntitos comenzaron a alejarse entre sí, quizá le decían algo, pero él solo oía a la mosca. Se organizaba unos paseos zumbadores sobre el micrófono de la Calculadora. Ya no tenía con qué tirarle. El cuaderno de bitácora nadaba por encima de él, agitando blandamente las páginas.

–PAL Principal a AMU 27 Terraluna. Salir del cuadrante del borde, salir del cuadrante del borde, recibo trans-solar. Cambio.

Qué caradurismo, se metió el trans-solar, ¿qué me importa el trans-solar?! ¡Las naves en formación tienen prioridad!, pensó Pírx y comenzó a gritar, descargando en el grito todo su impotente odio a la mosca.

–AMU 27 Terraluna a PAL Principal. No salgo del cuadrante, el trans-solar no me importa para nada, voy en formación triple. AMU 27, JO dos, dos bis escuadra Terraluna, liderando AMU 27. Fuera.

No hacía falta eso de que el trans-solar no me importa, pensó. Se entiende –puntos punitivos. Que se vayan al carajo. ¿Y por la mosca quién va a pagar? ¡También yo!

Pensó que eso de la mosca podía pasarle solo a él. ¡Una mosca! ¡Gran cosa! Se imaginó a Smiga y Boerst desternillándose de risa si se enteraran de esa estúpida mosca. Por primera vez después del despegue pensó en Boerst. Pero no tenía nada de tiempo –claramente el PAL iba quedando atrás. Volaban de a tres desde hacía cinco minutos.

–AMU 27 a JO dos, JO dos bis Terraluna. Hora veinte cero siete. Iniciamos maniobra de entrada al curso parabólico de Terraluna

a la hora veinte cero diez. Curso ciento once... –Leía el curso de una página que hacía un momento, acrobáticamente, había logrado bajar y que flotaba sobre su cabeza. Sus naves respondieron. Al PAL ya no se lo veía, pero seguía escuchándolo, a él o a la mosca. De pronto su zumbido pareció duplicarse. Quiso restregarse los ojos. Sí. Ya eran dos. ¿De dónde había salido la segunda?

Ahora sí me matan, pensó con toda, con absoluta calma. Incluso había algo agradable en la convicción de que ya no valía la pena desesperarse, destrozarse los nervios, ellas igual lo vencerían. Eso duró un segundo, después miró el reloj, justo era la hora que él mismo había establecido para comenzar la maniobra, ¡y todavía no tenía las manos sobre las palancas!

Parece que los suplicios de los miles de ejercicios habían hecho lo suyo; a ciegas aferró ambos mandos, movió el izquierdo, después el derecho, sin sacar la mirada del trayectómetro. El motor respondió con un rugido sordo, después siseó, sintió un golpe en la cabeza, gimió sorprendido. El cuaderno de bitácora le dio con el canto en la frente, ¡justo bajo el techo de la burbuja! Le tapó la cara, no podía perderlo, necesitaba ambas manos. Zumbidos en los auriculares y tormentosa vida erótica de las moscas sobre la Calculadora. Deberían dar un revólver, pensó, sentía cómo el cuaderno de bitácora, a consecuencia de la aceleración, le aplastaba la nariz. Sacudía la cabeza como demente –¡debía ver el trayectómetro! Pesaba unos tres kilos, de pronto cayó con estrépito sobre el piso –y sí, había casi 4 g. De inmediato disminuyó la aceleración, la mantuvo dentro de los límites de la maniobra, puso los seguros sobre los mandos –ahora tenía 2 g de aceleración. ¿A las moscas no las afectaba semejante aceleración? No les hacía nada. Se sentían divinamente. Debía volar así durante 83 minutos. Miró la esfera del radaroscopio, ambos JO iban detrás de él, la distancia entre su popa y la de ellos aumentó a unos setenta kilómetros. Era porque durante algunos segundos había tenido 4 g y así había dado un salto hacia adelante. No importa.

Ahora tenía algo de tiempo libre –hasta el final del vuelo con aceleración 2 g–, nada del otro mundo. Ahora pesaba –apenas– ciento cuarenta y dos kilogramos. Más de una vez se había pasado media hora en la calesita del laboratorio con 4 g.

Aunque, dicho sea de paso, no era agradable: brazos, piernas como de hierro. No se podía ni mover la cabeza, cegado.

Una vez más verificó la situación de sus dos naves y pensó qué estaría haciendo Boerst. Se imaginó su rostro, debía estar igual que en las películas. ¡El pibe tenía una mandíbula! La nariz recta, los ojos grises –de acero– ¡seguro que no se había llevado ningún machete! Pero hasta el momento él tampoco lo había necesitado. El zumbido en los auriculares había disminuido; ambas moscas deambulaban por encima de él, sobre la superficie de vidrio de la burbuja, sus sombras rozaban su rostro, tanto que la primera vez se estremeció. Miró hacia arriba: tenían unos ensanchamientos sobre los extremos de las patitas negras, a la luz de las lámparas sus abdómenes tenían brillos metálicos. Un asco.

–*Impulso* ocho Aresterra llamando a Triángulo Terraluna, cuadrantedieciséis, curso ciento once coma seis. Los tengo en el curso de coincidencia en once minutos treinta y dos segundos, porfavoralejar su curso. Cambio.

–¡Putá suerte! –Algo gimió en su interior–. Tarado, se viene encima, ¡pero no ve que voy en formación!

–AMU 27 liderando Triángulo Terraluna JO dos, JO dosbis llamando a *Impulso* ocho Aresterra. Voy en formación, no altero el curso, realizá la maniobra de elusión. Fuera.

Mientras lo decía buscaba en el radar a ese caradura de *Impulso* –¡Estaba! ¡A solo mil kilómetros y medio de distancia!

–*Impulso* ocho a AMU 27 Terraluna, tengo roto el mando gravimétrico, ejecuten ya la maniobra de elusión, puntodecruce de cursos cuarenta y cuatro cero ocho, cuadrante Luna cuatro, lateral. Cambio.

–AMU 27 a *Impulso* ocho Aresterra, JO dos, JO dosbis Terraluna, realizo maniobra elusiva hora veinte treinta y nueve, simultánea

ÍNDICE

EL TEST	9
LA PATRULLA	43
EL <i>ALBATROS</i>	69
TERMINUS	85
REFLEJO CONDICIONADO	133
LA CACERÍA	209
EL ACCIDENTE	247
EL RELATO DE PIRX	279
LA CAUSA	299
ANANKÉ	387

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo en www.interzonaeditora.com y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

interZona es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

INTERZONA